Atlántico existe una nacion vírgen, hermosa, llena de inmensos tesoros; la fábula! la ilusion!.... todo se realiza en ese suelo encantado; sí, México! partiremos para siempre. Desataremos los eslabones de la cadena que nos ata á la Europa, colocaremos la primera piedra del segundo imperio; el mundo viejo nos acompaña en la expedicion.... Maximiliano de Austria, ya eres emperador!

La voz mágica de aquella mujer, las tradiciones que guarda la Europa acerca de los antiguos dominios de Moctezuma, exaltaron la imaginacion del archiduque, é impulsado por las contrariedades de su destino, triunfó de aquella lucha en que lo comprometia su cerebro y su corazon.

—Bien! esclamó: yo colocaré sobre tu frente la diadema de emperatriz; si la revolucion en su dia tremendo, la arrebata de tus sienes, yo habré dejado de existir, pero tú no me culparás de tu destino.

—Fernando, dijo con un acento profundo de ternura, yo he aceptado ante Dios y ante los hombres tu porvenir; de mis lábios no esperes un reproche en los momentos de una vicisitud; yo seré siempre tu amiga, tu compañera, tu esposa!

Y depositando un beso ardiente en las mejillas del austriaco, desapareció tras las cortinas del aposento.

VII.

Maximiliano no olvidó en muchos dias al enviado de la república.

Aquel hombre, cuyo valor y patriotismo lo alentaron hasta presentarse en el castillo de Miramar en los momentos mas terribles de la crísis revolucionaria, murió léjos de su patria sin ver el término de esa lucha que emprendia una nacionalidad desarmada contra la influencia de la Europa entera.

Nosotros consignamos en estas páginas su nombre, porque ya ha entrado en el silencio de la tumba: se llamaba *D. José de Jesus Teran.*

CAPITULO TERCERO.

UNA TERTULIA DE LA REGENCIA.

I.

Ya hemos dejado la Europa para volver á ella acaso en dias no tan bonancibles como los presentes.

Queda allí su diplomacia envuelta en el laberinto de sus combinaciones, y los banqueros en el mundo de la expeculacion, al escuchar la campanada que anuncia la muerte de una república y la exaltacion de un trono en las regiones de Anáhuac.

II.

Estamos en la capital, esa ciudad coqueta, que tiene una sonrisa para todos y un atractivo irresistible.

Coronada por los hielos del invierno, es encantadora; ceñida con las flores perfumadas de primavera, no tiene rival en todo un continente.

Nadie la ha visto sin amarla.

Nadie la ha amado que pueda olvidarla.

El aroma de sus jardines, el calor de su aliento, la luz purísima de sus miradas, la voluptuosidad de sus noches, el fulgor de esas estrellas que forman el tocado de su inmortal cabeza, todo arrastra á un vértigo delicioso en que la vida se consume y el espíritu se alza á los cielos de la ilusion y del encanto.

La beldad del Septentrion, solo sabe llevar la corona de luceros ó de flores, las otras dejarian en su frente una huella como la del fuego, una marca de sangre!....

III.

En el salon de embajadores habia improvisado la Regencia sus tertulias.

Hacia los honores el general Almonte con aquella galantería cómica del teatro frances.

Las reuniones de la Regencia no eran de lo mas distinguido, ni lo podian ser, porque la aristocracia mexicana está en una minoría absoluta. Esa clase la forman las familias ricas y algunos títulos cuyos últimos vástagos han aceptado por completo la república y ellos mismos se burlan de los pergaminos y los escudos.

La aristocracia del talento nunca estuvo con el imperio, y la aristocracia política iba de huida derramándose por los campos y ciudades, llevando el pensamiento de la independencia.

Quedaba, pues, un grupo de familias conservadoras que se ostentaban con gran lujo en los salones de Palacio, y las familias de los nuevos empleados de la Regencia, en su totalidad desconocidos.

Era una sociedad que nadie la hubiera sospechado.

Lo mas granado de aquella reunion eran los antiguos ministros de la dictadura de Santa-Anna, y Monseñor Labastida, Regente, gran Canciller de la órden de Guadalupe y Arzobispo de México.

El primado de la Iglesia mexicana, es un arrogante clérigo, alto, grueso, bien formado, unos ojos centellantes, una dentadura bien cuidada, sus manos parecen de una dama, á lo que se agrega una buena capacidad y una soltura grande en el lenguaje.

Este personaje es muy importante en la política ultramontana, cuyas tendencias influenciaban al gobierno provisorio.

Monseñor Labastida, á pesar de sus vestidos morados y su *pastoral*, era un buen mozo que bien podria hacer una conquista.

Monseñor se paseaba por el salon, del brazo del general Salas. ¡Contraste horrible! la negacion de toda capacidad junto al claro talento de Labastida.

El hombre del pasado con el recuerdo de los motines militares, y la cabeza del clero en la revolucion militante conservadora, trayendo al siglo XIX aquella política que duerme con su fundador en las tumbas de San Lorenzo del Escorial.

—El ejército, decia el viejo soldado, será el sostén del Imperio, sin la fuerza de las armas no hay gobierno posible, la letra con sangre entra.

El Regente no disimulaba una sonrisa sardónica al oir los discursos de su colega.

—Sí, proseguia el general, es necesario abolir ese nombre de guardia nacional; S. M. Carlos III no pensó jamas en esa organizacion que ha dado resultados tan funestos.

—No obstante, replicó el arzobispo, seguramente por embromar á su compañero, el 5 de Mayo fueron los guardias nacionales los que dieron la batalla al coronel Laurencez, ¿no es cierto?

—No; esas fuerzas ya estaban bajo un pie veterano: voy á esplayarme.

—Dejo á V. E., dijo Labastida, con este señor coronel que podrá entender mejor los planes militares, que yo, que soy enteramente profano al arte de la guerra. Dejando á un desgraciado gefe en manos del Regente, Monseñor se dirigió á un grupo de señoras, muy respetables por sus nombres y mas aún por su longevidad.

IV.

—Señor, dijo una señora obesa y en cuyas mejillas habian entrado seis libras de cascarilla, venga S. I. á nuestro lado, tenemos que hacerle algunas preguntas sobre su viaje á Roma.

—Como ustedes no pregunten de los templos de la Ciudad Eterna ó del Santo Padre, yo no podré darles otras noticias.

—Se trataba, respondió una voz chillona que ya ha herido el tímpano de nuestros lectores, de saber si existe la tumba de Neron.

—Hay una especie de monumento derruido que aseguran ser el sepulcro del asesino de San Pablo, señoras.

—Me han asegurado que ese hombre se hizo bautizar momentos antes de espirar, ¿no es cierto, monseñor?

—Nada de eso cuenta la historia.

—Pues dicen que hubo testigos presenciales que lo vieron confesar y arrepentirse.

De los labios del Regente se volvió esta frase: "aun no se inventaba la confesion auricular."

—¿Y la Vía Apia?

—Es un camino como otro cualquiera, nosotros creemos encontrar la Roma pagana en nuestro viaje á las siete colinas: de aquello queda un monton de escombros donde se lee con trabajo la grandeza de otros siglos: hoy todo ha variado, el cristianismo le ha dado otra forma á la ciudad de los Césares.

—S. S. I. traeria muchas reliquias, prosiguió la voz aguda de la señora de Fajardo, pues no era otra la que interrogaba al Regente, en compañía de una amiga y compañera de los bailes de la corte.

—He traido libros que valen tanto como las reliquias, ya en otra vez tendré el gusto de hablar á usted de eso.

—¿Y qué señas particulares tiene el Santísimo Padre? insistió doña Canuta.

—No le ví ningunas, repuso el arzobispo, á quien molestaba tanta pregunta.

—¿Y le contaria á S. S. I. sus trabajos cuando los demagogos lo lanzaron del Vaticano á Gaeta?

—Algo hemos hablado.

—S. M. Napoleon III es el protector decidido de la Iglesia; sin él, V. S. mismo no estaria en esta tertulia.

El Regente se impacientaba de una manera horrible.

—Estamos celosas de S. S., dijo la señora gruesa, moviendo los ojos con una coquetería abominable.

—¿Celosas?

—Sí, monseñor, celosas; si no hubiéramos hecho una indicacion, seguramente S. S. I. no se hubiera acercado á nosotras.

—Ustedes perdonen, yo he buscado la compañía de ustedes voluntariamente.

—¡Ay, monseñor! ya deseábamos este cambio, la república nos habia *entreclasemediado*, esta resurreccion de la monarquía nos hace delirar, ya

se levanta al fin esa barrera que no debió allanarse nunca entre nosotros y el populacho.

—Es verdad, señoras.

—Yo recuerdo con dolor, que al salir para el destierro, han arrojado piedras á vuestro carruaje. ¡Dios mio!.... Ese populacho de Veracruz es.... es.... para decirlo todo, es muy republicano.

—Yonada recuerdo, señora, y menos ese episodio, del que fueron principales actores mis dignos compañeros los otros obispos.

—¡Ah, sí! yo no sé donde tengo la memoria, y usted, Canutita, que me deja decir desatinos históricos.

—No habia reparado, me quitó la atencion aquella pareja que recorre como exhalacion.....

—Sí, interrumpió doña Canuta, hace un momento, con la cola de ese vestido me iban á desprender el pájaro que traigo en mi tocado.

—Hace un calor sofocante, dijo Labastida, y saludando á las dos señoras se dirigió al salon inmediato en busca de alguna persona de sentido comun con quien platicar.

La empresa era difícil.

V.

—¡Qué guapo es este arzobispo! dijo la gorda á doña Canuta.

—Sí, Efigenia, lástima que pertenezca á las manos muertas.

—Es que las suyas son muy bonitas, amiga mia.

—Comienzo á sudar, dijo doña Efigenia, y la pintura que me ha hecho usted poner se me vá deslizando á lo largo de la cara, temo que me noten algo.

—No hay que temer, amiga mia, es una pintura que resiste siete sudores y una temperatura á ochenta y siete del centígrado.

—Yo no tengo centígrado, respondió la obesa dama, y temo que se me desvanezca, ¡señor de Fajardo, señor de Fajardo! ¡qué casualidad, venga usted acá, venga usted!

—¿Qué se ofrece, señora? dijo el diplomático; me ha interrumpido usted un discurso sobre la diplomacia de Confucio, trataba de los imperios, y sacaba como ejemplo al celeste imperio.

—Eres un hombre desatento, ha estado en un tris el pájaro.

—¿Qué pájaro?

—¿De qué pájaro puedo yo hablarte?

—¡Ah! sí, ya comprendo; de ese faisan que te has empeñado en traer en la cabeza.

—Precisamente, y no soy yo quien se ha empeñado sino la modista, con total arreglo al figurin.

—Pues no veo otro pájaro en toda la reunion.

—Alguno ha de ser el primero, así comienzan todas las modas.

—¿Y qué me quieren ustedes?

—Que nos lleves al salon de desahogo porque nos asfixiamos. Esta gente aun ignora la práctica de las cortes: Efigenia y yo nada hemos bailado; mas galante era aquel alférez Poleon, al fin frances, la Francia es otra cosa, ¿no es cierto, Efigenia?

—Sí, amiga mia.

—El comandante Demuriez no se ha aparecido por aquí; esa Clara le tiene bebidos los alientos.

—Estos hombres, dijo Efigenia, se mueren por las pollas.

—Es una barbaridad, respondió el diplomático, esas locuelas son insustanciales, yo no las requebraria por nada de esta vida, y dirigió una mirada oblícua á la dama, como una bomba á una plaza sitiada.

—El brazo, Fajardo, dijo aquella ballena en traje de baile.

Levantáronse los tres y abandonaron el salon donde bailaba aquella concurrencia, con desesperacion horrible.

VI.

—Allí vá! es ella! esclamó el jóven Enrique, que estaba como siempre en un corrillo de amigos; esa señora ha de distinguirse en toda concurrencia: mirad, es un pavo el que lleva en la cabeza, la cola le cubre una mejilla, ¿de qué gallinero lo sacaria?

—Su esposo, dijo uno de los concurrentes, trae la jaula en la solapa del frac.

—Es un animal vivo que se ha posado en la cabeza de esa reverenda señora.

—Por eso ha tocado ese súbdito poblano "El Ave en el Arbol."

—Esa señora es un tronco carcomido.

—Y la jamona que se le cuelga al brazo á ese infortunado de la corbata blanca?

—No hay que burlarse, señores, ese ídolo azteca es de mucho mérito.

—Merece que se le envíe á S. M. Napoleon III como una muestra de esfinges, mirad, mirad qué ojos tan tiernos, parece un borrego á medio morir.

—Esa mole se permite apasionarse de un diplomático.

—Eso es inexacto, el amor es el espiritualismo, y en esa señora todo es materia bruta.

—Amigo mio, yo he tenido amores con un personaje mas grueso aún, porque esa señora es un personaje en su género.

—¿Y qué hacíais para galantearla, entre cuántos la enamoraban?

—Esas son personalidades.

—Qué alegre está monseñor!

—Todas las jamonas se han apasionado del Regente.

—Como que lleva los hábitos como Cárlos de Borbon.

—Estoy por vestirme de morado para hacer conquistas.

—La señorita de Almonte está sitiada por aquel general.

—Parece que la plaza se rendirá, no obstante que su resistencia es tenaz

—La chica vale la pena.

—¿Y el general?

—No parece tan seductor como su hija.

—Se le ha olvidado llevar el uniforme, el dia de la entrada no podia moverse bajo la presion de los bordados.

—Silencio, señores, recordad que han salido para Ulúa esta mañana varios individuos.

—Usted perdone, ellos hacian algo mas que llamar feo á un regente.

—Ahora que se habla de ese asunto, mirad, allí va el triunviro anti-diluviano.

—Es que mi general Salas es muy valiente.

—Lo cual no se opone á su momificacion.

—¿Y de dónde ha salido tanta cara desconocida?

—De las casas de vecindad; ahí veo á unas chicas que nunca pensaron en bailar en palacio.

—Todas las aristocracias comienzan así.

—Ya sé que un soldado cualquiera con una accion gloriosa puede formar el tronco de una familia noble.